

SESIONES PÚBLICAS DE BALANCE Y PERSPECTIVAS

LÍDERES DE IZQUIERDA

10 DE

JUNIO

DE

2003

P.M.

Congresista Javier Diez Canseco

Doctor Lerner, señores y señoras miembros de la CVR, amigos y amigas presentes en esta sesión. Es sin duda difícil responder a las preguntas de la CVR porque se trata de hablar sobre un hecho en el que no se trata de escribir una historia oficial, ni de reescribir lo ocurrido para acomodarlo a las circunstancias vigentes, sino de hacer una reflexión crítica e introspectiva de las organizaciones que hemos participado en el quehacer político que permitió el desarrollo de estas circunstancias; y este pensamiento es difícil de poner en práctica. Por ello, quiero también señalar que resulta difícil diferenciar la actuación institucional de la persona, el sufrimiento colectivo del individual, y el precio que la familia de cada uno de nosotros los peruanos y los actores políticos pagó en este proceso.

Es, sin duda, fundamental señalar que las fuerzas de izquierda, en el proceso y en el período materia de análisis, estuvimos actuando en un contexto internacional muy preciso que no solamente tuvo como eje central el desarrollo de la Revolución Cubana, a fines de la década del cincuenta; sino que tuvo también la marca y el sello a fuego de la experiencia de la transformación pacífica que se propusieron el Presidente Allende y el socialismo en Chile, y la forma como ésta fue ahogada a sangre y fuego. Y vivimos también marcados por la experiencia de los pueblos centroamericanos, de las brutales dictaduras que enfrentaron en Nicaragua y El Salvador, y de los infructuosos procesos de buscar transiciones institucionales en el transcurso de esas historias. A veces, hicimos calco y copia de lo que formuló aquel que inspiró el pensamiento socialista en el Perú: José Carlos Mariátegui; y adoptamos la impronta de experiencias que creímos respondían a los retos de transformación que dramáticamente demandaba el país. Pero no puedo dejar de decir que creo que la izquierda peruana, que se agrupó alrededor de la IU, fue, sustancialmente, una fuerza democratizadora en el transcurso de la segunda mitad del siglo XX. Es indiscutible que esa izquierda procesó una transformación en la concepción, desde nuestro punto de vista, de una determinada lectura del marxismo y del socialismo que representaron los manuales de Stalin sobre Lenin; y que transformó la concepción de asaltar el poder por la concepción de construir poder social y fuerzas sociales, instituciones, movimientos y un sentido común capaz de llevar adelante la transformación que buscábamos para el país. Creo que este es un elemento de distinción fundamental entre esta izquierda y SL y su lectura del marxismo. No me lleva esto, sin embargo, a desconocer que en nuestra propia lectura ideológica hay un conjunto de elementos que —debemos ser conscientes— alentaron, y en algunos casos, aún alientan, el sectarismo y la intolerancia. Y una de estas concepciones es la creencia de que poseemos en exclusividad una ciencia y que esa ciencia nos da la posesión de la verdad, y que esa verdad excluye de la misma a aquellos que no poseen esa ciencia. Esta intolerancia y esta visión pueden alimentar conductas sectarias; a veces, en sus lecturas extremas atroces, como las pueden alimentar determinadas creencias y fe religiosas absolutas y totalmente intolerantes. Por eso, creo que es inaceptable pretender colocar en un mismo saco pensamientos que pueden tener raíces originarias comunes pero que tienen lecturas concretas y prácticas distintas que la experiencia así evidencia. La izquierda que se agrupó en IU buscó construir gobierno y poder, y sostuvo que la construcción de una democracia sólida en el país era la construcción de una democracia integral que se planteaba en el campo no sólo político sino en los campos económico y social. Y creo que con todos sus defectos fue y sigue siendo una fuerza que se juega por la inclusión, por una sociedad dispuesta a incluir y no a excluir. Pero es indudable que en este proceso, en nuestra mente y en nuestra práctica, jugó lo viejo y lo nuevo; y se contradijeron y se enfrentaron ideas renovadoras con ideas sectarias y antiguas, porque así somos los seres humanos de contradictorios en nuestras prácticas y en nuestra reflexión.

Pero no puedo obviar, de acuerdo a los cuadros que ustedes han presentado, que los lugares que constituyeron el accionar de la izquierda a mediados del siglo XX, no fueron las bases centrales del desarrollo de Sendero Luminoso. No fue en La Convención, donde se levantó Hugo Blanco con el

movimiento de arrendires por la Reforma Agraria, donde se desarrolló el senderismo. No fue en las minas del centro donde el movimiento laboral se organizó, luchó y conformó la Federación Nacional Minera en vigorosas marchas, donde se organizó el senderismo. No fue en el movimiento de trabajadores azucareros organizados en la lucha por la Reforma Agraria donde se organizó el senderismo. No fue Lima, base principal de las fuerzas políticas de IU y del triunfo de Alfonso Barrantes a la Alcaldía de la Municipalidad de Lima, base sustantiva del senderismo. No fue en el vigoroso pueblo de Arequipa, de larga tradición de izquierda, donde se organizó el senderismo, ni tampoco el Cusco fue base fundamental de este movimiento. Puno fue, por su parte, una base central de resistencia a la expansión de Sendero Luminoso.

De forma tal que, creo que en nuestra historia los zanjamientos con SL fueron teóricos y prácticos y, también, tuvieron un sello de sangre. Yo no puedo obviar ahora que testimoniamos a Teófilo Rímac Capcha y a Ceferino Requis, asesinados en Pasco; a Víctor Cajachahua, dirigente sindical asesinado en su propio sindicato en Morococha; a Saúl Cantoral y Consuelo García, de la Federación Nacional Minera; a Jesús Oropesa dirigente minero de las provincias del Sur de Ayacucho; a Pedro Huillca; o al dirigente de la Federación Textil de La Unión, Enrique Castilla; asesinados por Sendero Luminoso unos, y otros, por el accionar del terror del Estado. No puedo olvidar al compañero Huarsalla de Puno; a Eusebio Pomallaqta de Imperial; a los dos dirigentes de las comunidades de Antilla que desarrollaban el esfuerzo de la resistencia de las comunidades frente a la agresión de la que eran objeto; ni a Porfirio Suni, Diputado Regional de Puno; ni a Eriberto Arroyo Mío, Diputado Nacional de Piura; ni al Juez de Paz César Vera, asesinado en Ayaviri; ni las amenazas y muertes contra alcaldes y regidores de izquierda como de otros partidos políticos. No puedo olvidar esta realidad, pero tampoco puedo olvidar que esta izquierda en medio de este complejo proceso hizo un esfuerzo por tratar de hacerle comprender al país que el terror no provenía exclusivamente de SL y que una estrategia subversiva que tuvo un marcado ceño en el terror fue respondida con una estrategia antisubversiva que tuvo un sistemático manejo del terror. Y que el Estado sistemáticamente, y no como hechos aislados, aplicó una política de exterminio sobre determinados sectores. El terror se respondió con terror y la cultura del miedo se impuso en este terreno.

Quiero reivindicar ante la CVR el esfuerzo que hicimos diversas mujeres y hombres de la izquierda peruana por abrir terreno a los que eran temas de elites en ese período: el tema de los derechos humanos en el Perú y el tema de que la legalidad del accionar del Estado que deriva de una actuación conforme a normas y reglas en las que no todo vale y en las que la razón de Estado no es argumento para encubrir la ejecución extrajudicial, el fusilamiento indebido de personas sin proceso, la tortura o la desaparición forzosa de personas.

No puedo olvidar, señores miembros de la CVR, la dolorosísima experiencia de haber ido con un dirigente y Diputado de Acción Popular a visitar a un Ministro del Interior llevando con nosotros a Georgina Gamboa, embarazada de una violación múltiple en Vilcashuamán, y recibir como respuesta a nuestro reclamo de atención y justicia la pregunta de «¿qué nombre le pondrás a tu hijo, Sinchi si es hombre o Sincha si es mujer?». Y habernos levantado un izquierdista y un acción populista de la mesa quienes, frente a una reacción de este estilo, nos retiramos. No pretendo, con ello, involucrar en esta conducta al conjunto del aparato del Estado y de los elementos que asumían este proceso, pero sí quiero señalar lo doloroso y profundo que fue este proceso para muchos de nosotros en aquel entonces. En este campo quiero decir entonces que, en el caso del Perú, nuestra posición tuvo frente al tema de la violencia una aproximación que tenía determinados elementos tradicionales en la lectura marxista: en primer lugar, la violencia es un hecho fáctico; y en segundo lugar, es un fenómeno presente en nuestra realidad concreta. Muchos de nosotros, en los esfuerzos de organización de movimiento sindical, veníamos de la experiencia de la matanza de Cobriza de los mineros del centro del país; veníamos del despido masivo de los trabajadores que se paralizaron el 19 de julio de 1977 para reclamar transformaciones democráticas y justicia social.

Pero no puedo, tampoco, señalar que hemos representado una lectura exclusiva del manual clásico. Creo que esta izquierda es más hija de la lectura de César Vallejo, de Ciro Alegría, de José María Arguedas, de Manuel Scorza, de aquellos que testimoniaron una sociedad con grandes mayorías excluidas; y es también, una izquierda, por lo menos aquélla con la que nos identificamos, que es mucho más hija de la lectura de Gramsci y de la idea de una construcción de la concepción de la hegemonía política antes que la del asalto al poder. Y éste fue el elemento de diferenciación central con Sendero Luminoso, un elemento de diferenciación además, del Marxismo y de la

Dialéctica, y un elemento de diferenciación con el Pensamiento Gonzalo que convertía toda contradicción en contradicción antagónica, donde había de eliminar al oponente, lectura simplista pero brutal del marxismo que produjo un fenómeno que, sin duda, nos distanció ideológicamente. En términos prácticos creo que hemos podido graficar también los problemas de este distanciamiento.

Finalmente, quisiera señalar que creemos que, como ha descrito la CVR al iniciar esta sesión, este es un país marcado por grandes brechas de injusticia social y económica, y enormes brechas políticas entre sectores de la población; donde la palabra del mudo sigue, todavía, esperando ser escuchada. Quisiera señalar también, que el terreno de la violencia en el Perú seguirá siendo un terreno fértil mientras la concepción de paz no vaya acompañada por el cimiento de la justicia social. Y éste es un elemento fundamental que va junto a otro: construir institucionalidad. Es indiscutible que la violencia florece y se desarrolla ante la ausencia de canales institucionales confiables, creíbles y viables en el país.

Por ello, hemos señalado nuestra política de condena a la violación de los derechos humanos y somos autocríticos frente a cualquier vacilación que hayamos tenido frente a aquellos que utilizando el terror pretendieron justificarlo con cualquier mecanismo que en la justicia pretendiera encontrar la razón de un accionar de este estilo, extraordinariamente brutal y condenable. Y queremos rescatar la peculiaridad que tiene este proceso en las circunstancias en las que se está desarrollando el trabajo de una CVR en un país que no ha acabado de zanzar con el ciclo de la violencia, en un país en el que si bien gran parte de estos contingentes y de este accionar ha perdido presencia hay elementos supervivientes que continúan operando y que hacen más difícil el doloroso proceso de reconocer la verdad y de transformar conductas que hay por delante. Y es éste un esfuerzo en el que sin duda queremos contribuir. Fuimos actores activos del esfuerzo de investigar las violaciones de los derechos humanos, quizás, concentrándonos, enfatizando centralmente en la fiscalización sobre el aparato del Estado que tenía el monopolio legal sobre la violencia, y desarrollando poco, la investigación de la violencia terrorista sobre la población civil que fue la víctima central de este conflicto en sus sectores más empobrecidos.

Más allá de nuestros aciertos y errores, creemos que tenemos que asumir nuestro compromiso con un país que requiere institucionalizarse y sentar bases para la paz sobre la base de la justicia social y del compromiso de los diversos actores económicos y sociales en la búsqueda de un país con menos inequidades, con más justicia y con más condiciones para el desarrollo del ser humano, así como con construir una democracia en que las autoridades respondan ante los ciudadanos que las eligen y ante quienes deben rendir cuentas. Ésta es, señores y señoras miembros de la CVR, nuestra reflexión y nuestro testimonio institucional en este proceso, en el que llevamos grabado en el corazón y en la memoria el nombre de aquellos y aquellas que quedaron en el camino, y donde todas las partes pagaron un alto esfuerzo por hechos que esperamos que no se repitan nunca más. Gracias.